

NOTAS PARA UN ANÁLISIS COMPARATIVO DE LAS POSICIONES DE MÉXICO Y SUECIA FRENTE AL ARMAMENTISMO NUCLEAR

José Luis León M.

Todo individuo tiene el derecho a la paz y la obligación de esforzarse por alcanzarla. Ni juntos, ni separados podrían los pueblos del mundo borrar de la memoria humana el horror de Hiroshima y Nagasaki; pero juntos podemos y debemos borrar de nuestro futuro este horror que nos amenaza.

Grupo de los Seis, *Declaración de México*, agosto de 1986.

Frente al *impasse* en las negociaciones sobre desarme nuclear entre las dos superpotencias —situación provocada en más de un sentido por el recrudecimiento de la guerra fría en los ochenta—, y bajo el supuesto de que la permanencia de la vida en nuestro planeta no debe ser preocupación exclusiva de los Estados poseedores o fabricantes de armas atómicas, en 1984 se reunieron, en la ciudad de Nueva Delhi, India, los jefes de Estado y de gobierno de Argentina, Grecia, India, México, Suecia y Tanzania, creando desde entonces la denominada Iniciativa de paz y Desarme, Iniciativa de los Cinco Continentes o, más usualmente, el Grupo de los Seis.

Es un hecho de sobra conocido que una de las principales demandas de esa instancia es la de un desarme general y completo; ello no le impide, sin embargo, proponer medidas concretas como la verificación de ensayos nucleares *in situ* o el establecimiento, por parte de las superpotencias, de moratorias para realizar nuevas pruebas atómicas.

En tal contexto, se piensa que resultaría interesante formular un ejercicio de investigación sobre las razones de cada uno de los protagonistas del Grupo para participar en esta labor pacifista, larga y no exenta de dificultades. El presente ensayo se limita a abordar, desde un punto de vista comparativo, los casos de Suecia y México, en la creencia de que su estudio puede resultar interesante para el lector, en virtud de las peculiaridades y semejanzas de cada uno de esos dos países.

La primera sección del artículo se refiere a los que se consideran los puntos más relevantes sobre

uno de los problemas por excelencia de nuestro fin de siglo, es decir, la carrera armamentista. Se describen y analizan brevemente temas como el crecimiento exponencial de los gastos militares agudizado en los últimos tiempos, la relación entre erogaciones en armas y estancamiento económico, los importantes nexos que vinculan al desarme con el desarrollo y, finalmente, las posibilidades reales e inminentes de que una guerra nuclear tan letal como generalizada pueda desatarse en el planeta.

La segunda parte del escrito aborda la postura de México frente a ese conjunto de problemas y explica las cuestiones de índole política, económica y estratégica que orientan la política exterior del país en este vital renglón.

Un tercer momento de análisis se ocupa de Suecia y los fundamentos últimos de su actuación internacional, argumentándose que la posición pacifista de ese país nórdico está relacionada con su política de neutralidad y no alianzas y la posibilidad de canalizar, en el interior de sus fronteras, recursos materiales y humanos para el fortalecimiento del Estado de Bienestar, así como con su delicada vecindad con una gran potencia dotada de armas y blancos atómicos.

Las consideraciones finales, por su parte, se ocupan de evaluar los datos consignados en las anteriores secciones del escrito, enfatizando las coincidencias de ambas naciones en el combate al armamentismo nuclear.

I. EL PROBLEMA

Con objeto de brindar una panorámica amplia del fenómeno armamentista, para así comprender mejor las posiciones de México y Suecia frente a él, se retomarán aspectos militares, estratégicos, políticos y económicos inherentes a este problema.

Los presupuestos militares a nivel internacional, sobre cuyo total los dos grandes bloques militares

del mundo erogan 80%,¹ y que habían crecido vertiginosamente durante el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, han experimentado un nuevo y exorbitante incremento durante el tiempo que se lleva recorrido de la presente década. Únicamente en el lapso 1980-1984 dichos gastos — que sobrepasaron la barrera de un millón de millones de dólares en 1985— sufrieron un alza promedio de 18% anual, todo ello en el contexto recesivo e inflacionario que flagela al orbe entero. En este sentido, y como evidente contraste, son notables las proyecciones de medios económicos especializados, según las cuales la palanca dinamizadora del crecimiento internacional, esto es, el comercio, aumentará a tasas sensiblemente menores al 5% anual durante los ochenta, frente al promedio del 5.5% registrado en la década de los setenta.²

En lo que respecta a la esfera laboral y económica, se estima que cerca de medio millón de científicos en el mundo se dedica actualmente a labores de investigación con fines militares, lo que significa, en otros términos, que alrededor del 25% de los recursos humanos en investigación y desarrollo a escala global, se emplea para favorecer innovaciones tecnológicas en la rama militar. Además, cerca de 25 millones de personas pertenecen a las fuerzas armadas regulares, 10 millones más engrosan las filas de organizaciones paramilitares, y otros 15 millones, por lo menos, trabajan en el campo de bienes y servicios de la industria militar.³ Poco extraño resulta, en consecuencia, que el número de individuos que integran las fuerzas regulares y paramilitares exceda al total de maestros, médicos y enfermeros en todo el planeta, o que por cada soldado el promedio mundial de gastos sea de 20 mil dólares, frente a 380 dólares que se destinan en gastos de educación pública para cada niño en edad escolar.

Lo aparatoso de las anteriores cifras contrasta, sin embargo, con la futilidad última de ese "keynesianismo militar", ya que las erogaciones efectuadas en tal rubro no se consideran como inversión,

sino como consumo. En efecto, la sangría que representa la fabricación de misiles, buques, submarinos, aviones y tanques de guerra, armas químicas, bacteriológicas y nucleares, etcétera, empobrece al sistema económico ya que constituye un renglón parasitario que entorpece — sobre todo en lo relativo a armamentos atómicos almacenados pero sin usar— el ciclo de rotación de capital.

Pero ¿no acaso la industria bélica introduce "factores de multiplicación" dentro de las economías, y con base en ello puede justificarse su existencia, más allá de valores éticos o políticos? Hasta hace algunos años, ciertos apologistas de la industria de la muerte argumentaban lo anterior. Hoy día, no obstante, incluso esas "ventajas" han quedado atrás. Tómese, por ejemplo, la incidencia del sector armamentista en el empleo, y obsérvese que si bien la India ocupa cerca de 300 mil trabajadores en tal actividad, esa masa de empleos sólo representa 0.3% de la fuerza laboral del país.⁴

Para el resto de las naciones del llamado Tercer Mundo, las cifras no son más alentadoras, pues se conoce documentadamente que "los aumentos en los gastos militares, como porcentaje del producto interno bruto se relacionan con reducciones en la tasa de crecimiento económico"⁵ y que "por cada dólar gastado en armamentos en los países en desarrollo, la inversión interna tiende a reducirse en 25 centavos".⁶

En otro ámbito, al recurrir a datos de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) sobre este aspecto, es posible constatar, de acuerdo con la citada institución, que en Estados Unidos, mil millones de dólares en gastos militares generan 76 mil empleos. Si esa cantidad de recursos se invirtiera en programas civiles del gobierno federal, se crearían más de 100 mil empleos, con la posibilidad de aumentar ese número si los fondos se destinasen a actividades intensivas en mano de obra. En caso de que el

1 Frank Barnaby, "Dinámica de armamentos: una perspectiva general", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, Vol. 1, núm. 0, 1976, p. 164.

2 "World trade to grow 3.5% during 1986", en *Financial Times*, 8 de septiembre de 1986, p. 11.

3 Véase Ishfaq Ahmad, "La carrera armamentista mundial y sus efectos en el desarrollo", en *Comercio Exterior*, Vol. 35, núm. 3, marzo de 1985, p. 231.

4 Cfr. Víctor L. Urquidí, "La militarización del Tercer Mundo. Consecuencias para el desarrollo", en *Comercio Exterior*, Vol. 35, núm. 3, marzo de 1985, p. 204.

5 Cfr. José Luis Rodríguez, "Los gastos militares y sus efectos económicos negativos", en *Iztapalapa*, año 5, núms. 10-11, enero-diciembre de 1984, p. 145.

6 *Ibidem*, p. 145-146. También puede consultarse: Eduardo Gitli y Juan Rocha, "Notas sobre la polémica econométrica acerca de la relación entre el gasto de defensa, y el crecimiento económico en los países del Tercer Mundo", en *Revista A*, Vol. VII, núm. 17, enero-abril de 1986, pp. 91-111.

mismo monto se liberara al sector privado mediante reducciones de impuestos, la cantidad disponible de fuentes de trabajo se ampliaría a 112 mil nuevas plazas. Dicho de otra forma: si se disminuyese un 10% del presupuesto militar del país junto con su carga fiscal correspondiente, el desempleo dejaría de afectar a cerca de 300 mil personas.⁷

En esta línea de ideas, pero con una proyección mundial, la UNESCO considera que de encauzar buena parte de los gastos militares en inversiones productivas, los índices de crecimiento aumentarían de 1 a 2%. Por lo tanto, si la mitad de los recursos gastados en armas en el quinquenio 1970-1975 se hubiese utilizado en el sector civil, la producción anual en el orbe al término de este periodo habría excedido en 200 mil millones de dólares a la registrada. La cifra anterior representa, por sí sola, una cantidad superior al producto nacional bruto conjunto de África Central y el sur de Asia, regiones ambas que se encuentran paralizadas por la miseria extrema y el crecimiento escaso que laceran a más de mil millones de personas.⁸

La relación entre desarme y desarrollo resulta, a partir de las anteriores consideraciones, sumamente diáfana. El famoso dilema que planteaban los alemanes de entreguerras, quienes enfrentaban la opción "cañones y mantequilla" (*kannonen staff butter*), se reproduce actualmente a escala planetaria. Dos esferas encontradas expresan esa desgarradora antinomia: por un lado, el segmento del derroche armamentista, y, por otro, el de la indigencia, gracias a la cual una quinta parte de los hombres, mujeres y niños que habitan nuestro planeta se halla en una situación de miseria extrema.

Como contraste con esto, anota Rodríguez Arriaga:

La suma total de la deuda externa de los países en desarrollo desaparecería si a ella se aplicaran los gastos en armas nucleares que hoy se hacen en seis meses. Según la FAO, alimentar a los casi 600 millones de desnutridos del mundo costaría menos que 149 cohetes MX, de los 223 emplazados en Europa Occidental. Con el costo de 27 de ellos se podría comprar los equipos agrícolas necesarios para lograr la autosuficiencia alimentaria de los países más pobres en los próximos cuatro años. La alfabetización mundial podría alcanzarse con el valor de dos

submarinos atómicos *Trident*, de los 25 que se fabrican actualmente.⁹

Armamentismo y desarrollo son tan excluyentes entre sí que ni siquiera los grandes productores de armas pueden conciliarlos dentro de sus mismas fronteras; así, existen en Estados Unidos más de 35 millones de personas (15.2% de la población total) que viven por debajo de la línea de pobreza oficialmente reconocida, a lo que se agrega la marginación estructural de ciertas minorías étnica.¹⁰

Con todo, los desequilibrios económicos generados y exacerbados por la espiral bélica no son lo más preocupante. Lo más preocupante es que el género humano se encuentra frente a su propia, total e irreversible destrucción. A pesar de que únicamente la quinta parte de los gastos en armamento se destina a las armas nucleares, éstas conforman ya un arsenal superior a los 50 mil instrumentos, que en conjunto poseen una capacidad destructiva un millón y medio de veces mayor que la hoy vista como "rudimentaria" bomba que se arrojó sobre Hiroshima. Se dice, además, que mientras Estados Unidos podría destruir a la URSS 12 veces, ésta podría liquidar siete veces a su principal oponente, mientras los arsenales acumulados serían capaces de terminar diez veces con la vida en la tierra.

La mayoría de los científicos serios concuerdan en que una guerra nuclear cercenaría de tajo las posibilidades de supervivencia del hombre; los escenarios propuestos varían en matiz, más no en esencia. Uno de ellos, que puede considerarse relativamente optimista, se encuentra en un exhaustivo estudio elaborado por el Consejo Internacional de Uniones Científicas, organización que cuenta con más de 50 años de actividad y agrupa a sociedades científicas de 70 países. El estudio, en el que participaron cerca de 300 investigadores provenientes de 30 naciones, indica que las víctimas inmediatas de una guerra atómica en la que fueran utilizadas únicamente *la mitad* de las cabezas nucleares disponibles, serían 500 millones de personas. Los efectos indirectos resultarían igualmente devastadores, ya que los fuegos provocados por las explosiones producirían entre 50 y 150 millones de tone-

7 Cit. en "Armamentismo: loca carrera al desastre", en *Excelsior*, 12 de septiembre de 1984, p. 26-A.

8 *Idem*, p. 26-A.

9 Cfr. Manuel Rodríguez Arriaga, "Principales desafíos a la política exterior de México", en *Revista Mexicana de Política Exterior*, año 4, núm. 14, ene.-mar. 1987, p. 21.

10 Graciela Phillips, "Estados Unidos: pobreza en la abundancia: atisbos al lado oscuro de la realidad", en *Comercio Exterior*, Vol. 37, núm. 2, febrero de 1987, p. 147.

ladas de cenizas y humo, que impedirían la llegada de los rayos solares a la Tierra; la temperatura, por ende, descendería entre 1.6 y 21 grados centígrados por debajo de lo normal, sobre todo en el hemisferio norte. El "invierno nuclear", combinación de oscuridad y frío, se encargaría de finiquitar los remanentes del malogrado proyecto humano.¹¹ Otro escenario es aquel que prevé la muerte instantánea de "hasta un mil millones de seres humanos y un daño físico sumamente serio de otros mil millones de sobrevivientes".¹² Evidentemente, estas proyecciones nos recuerdan lo falaz, aventurero e irresponsable de ideologías guerreristas que hablan de la viabilidad de una guerra nuclear "limitada"; de que en un intercambio misilista alguna potencia podría alzarse con el triunfo, o de que la posguerra atómica debiera planificarse desde ahora.

El dramatismo de la situación de suyo alarmando que el planeta vive, aumenta al recordar que el holocausto podría ser incluso independiente de la voluntad de tal o cual fuerza política en pugna, originándose en una falla en los sistemas computarizados que detectan reales o hipotéticos ataques enemigos. Un informe publicado en octubre de 1980 por el Comité de los Servicios Armados del Senado estadounidense y citado por Alfonso García Robles, subraya que:

en un periodo de 18 meses, el comando norteamericano de defensa había registrado 147 falsas alarmas nucleares suficientemente serias para requerir una evaluación acerca de si correspondían o no a un ataque potencial. Además, otras cuatro alarmas habían sido mucho más graves y habían requerido que se diera la orden a las tripulaciones de los bombarderos B-52 y a las unidades que tienen a su cargo los proyectiles balísticos intercontinentales, de que estuvieran listas para entrar en acción.¹³

A juzgar por los datos asentados la catástrofe atómica estaría cada vez más cercana a nosotros. Según la prestigiada publicación *The Bulletin of the Atomic Scientists*, que periódicamente edita en su portada una carátula de reloj indicando, de

acuerdo con el agravamiento de las tensiones mundiales y la proliferación de nuevas generaciones de armas, los minutos disponibles de vida antes del colapso final, en 1979 éste distaba aún 12 minutos, y en 1980 se encontraba a siete. Hoy el mundo se ha acercado casi tres peligrosos minutos de la hora cero.

Ante el enorme desafío que en todos sentidos representa el armamentismo en general y el nuclear en particular, han surgido naciones, grupos pacifistas, partidos políticos, academias científicas, representaciones gremiales y personalidades destacadas que luchan denodadamente contra el fantasma de la guerra.

El Grupo de los Seis —y dentro de él México y Suecia— es una iniciativa que se inscribe en esta tendencia. Al Grupo, como ya se ha anotado, lo motivan intereses de orden común a la humanidad, que tienen que ver con la dificultad para cristalizar acuerdos entre los dos grandes poderes y la idea de que la supervivencia del orbe es un asunto demasiado serio como para dejarlo al arbitrio de arreglos cupulares y excluyentes.

Amén de esos intereses comunes, es posible encontrar en cada uno de los participantes de la Iniciativa de Paz y Desarme motivaciones más particulares y pragmáticas que no por serlo dejan de estar provistas de una indudable validez. Para comprobarlo se analizará, en la ocasión, los casos de las políticas exteriores de México y Suecia, elucidando las razones de ambos países para diseñar y practicar diplomacias que otorgan un amplio espacio a la paz dentro de sus respectivas agendas.

II. MÉXICO ANTE LA GUERRA Y LA PAZ

Para explicar la posición de nuestro país en este campo, resulta indispensable hacer referencia a un haz de razones, entre las que destacaremos las políticas, las económicas y las geoestratégicas.

La paz como aprendizaje histórico y político

Acaso la raíz pacifista de la política exterior mexicana posea ramificaciones centenarias. El país conoce el valor de la paz por haber sufrido, en carne propia, numerosas guerras e intervenciones: la Conquista española, las repetidas agresiones y despojos territoriales provenientes del exterior en el siglo XIX y la intromisión nunca disimulada de ciertas potencias durante el proceso revolucionario de 1910-1920 son sólo algunas de ellas. Además, México no ha invadido a otros países, ni ha incorpora-

11 Una descripción de los resultados más importantes del estudio aparecen en "Scientist Estimate 2.5 Billion Might Die in Nuclear Winter", en *The Washington Post*, 13 de septiembre de 1985, p. 18.

12 Véase Miguel Wionczek, *La humanidad frente a la destrucción total*, México, SEP-Cultura, 1985, p. 9.

13 Alfonso García Robles, "Desarme nuclear: una cuestión de vida o muerte para la humanidad", en *Ibidem*, p. 23.

do a su *corpus* diplomático doctrina alguna que persiga, justifique o exhorte a la expansión hacia espacios ajenos.

A lo largo del siglo XX, México ha mostrado una actitud consistente en asuntos de paz y seguridad internacionales. A fines de los años treinta, por ejemplo, el gobierno cardenista condenó, en el seno de la Sociedad de Naciones, la invasión italiana a Abisinia, la anexión (*Anschluss*) que la Alemania nazi realizó con Austria y el envío de tropas japonesas a China, y ofreció su apoyo no sólo moral sino también material a la España republicana.

Esta actitud positiva, además de haberse mantenido, ha aumentado su solidez en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Así, México y su diplomacia están asociados de manera muy íntima con los trabajos realizados en los diversos foros de desarme de las Naciones Unidas; con el Tratado de Tlatelolco que creó, en febrero de 1967, la primera zona densamente poblada en el mundo libre de armas nucleares, y con múltiples iniciativas y llamados en pro de la liquidación total del colonialismo, que es un caldo de cultivo favorable para los conflictos internacionales.

De semejante forma, el país ha observado un constante apego a los principios de derecho internacional, en invocación de los cuales manifestó su condena a intervenciones como las de República Dominicana, Afganistán, Granada y las Malvinas, y ha facilitado negociaciones en diferentes conflictos internacionales, como se demuestra en el caso del Grupo Contadora en América Central.¹⁴

CUADRO 1

GASTOS MILITARES COMO PORCENTAJE DEL PRODUCTO NACIONAL BRUTO, 1983, PAÍSES SELECCIONADOS

País	% PNB
Israel	19.2 ^{*1}
Siria	14.8 ²
Unión Soviética	8.7 ^{*2}
Grecia	7.1
Estados Unidos	6.9
Pakistán	6.4 ¹
Gran Bretaña	5.6
Turquía	4.9
República Democrática de Alemania	4.5 ^{*1}

14 Sobre este tema, me permito remitir al lector a mi ensayo "Raíces de la política exterior mexicana en Centroamérica", en *El Día*, Testimonios y Documentos, 9 y 10 de octubre de 1986.

País	% PNB
Francia	4.2
República Federal de Alemania	3.4
Países Bajos	3.3
Suecia	3.3 ¹
Checoslovaquia	3.2 ^{*1}
India	3.1 ¹
Dinamarca	2.5 ¹
Canadá	2.1
Finlandia	1.6
Austria	1.2
Japón	1.0 ¹
Brasil	0.6 ¹
México	0.5 ¹

FUENTE: Instituto Internacional para Investigaciones de la Paz, Estocolmo, (SIPRI), *World Armament and Disarmament. SIPRI Yearbook 1983* y *SIPRI Yearbook 1984*, Londres, Taylor & Francis, 1983 y 1984.

* Cifras no confirmadas

1 Datos de 1982

2 Datos de 1981

Finalmente, puede argumentarse con amplias bases que México no es en la práctica una nación guerrerrista si atendemos al peso de su aparato militar. Según datos del Instituto Internacional para Investigaciones de la Paz de Estocolmo (SIPRI), consignados en el cuadro 1, México dedica únicamente el 0.5% de su producto nacional bruto (PNB) a gastos militares. A pesar de que al nuestro suele considerársele, por la magnitud de su población y su aparato productivo, el segundo país en importancia dentro de América Latina, su ejército (de alrededor de 120 mil hombres) ocupa el cuarto lugar en términos relativos; es decir, si se promedian población y efectivos armados, México desciende aún más en las clasificaciones. Conviene tener presente que el país dedica solamente el 1% del pago del servicio de su deuda externa a pagos por concepto de armas, frente a otras naciones latinoamericanas, que llegan a erogar hasta un 50% en ese rubro. En el ámbito de la relación de la deuda externa con la espiral belicista, el problema para México se origina, como se revisará a continuación, en fuentes básicamente exógenas.

La carrera armamentista, generadora de inestabilidad financiera en la periferia

Es un hecho que los altos presupuestos militares estadounidenses, que entre 1982 y 1989 habrán alcanzado la exorbitante cifra de 2 billones 600 mil millones de dólares, contribuyen de manera deter-

minante al aumento del déficit fiscal crónico que enfrenta la administración estadounidense. Para financiar este déficit, que en 1986 se situó en una cifra cercana a los 250 mil millones de dólares, el sistema económico presiona sobre las tasas de interés, haciéndolas aumentar constantemente.

Ahora bien, si se considera que, según el Banco Mundial, cada punto porcentual que se elevan dichas tasas representa para el mundo en desarrollo desembolsos adicionales por 4 mil millones de dólares, entonces observamos que México se ve en la necesidad de destinar aproximadamente un *plus* de por lo menos 500 millones de dólares cada vez que sucede esa contingencia, máxime cuando la mayor parte de su débito está contratada con organismos bancarios del mundo industrializado, que otorgan sus créditos con tasas de interés y plazos de pago menos favorables que aquéllos que proporcionan las instituciones multilaterales de crédito dependientes del sistema de Naciones Unidas.

Debe añadirse que, de persistir las tendencias actuales, México pagará, sólo por concepto del servicio de su deuda externa, alrededor de 120 mil millones de dólares en los próximos diez años. Si el déficit fiscal estadounidense, originado en buena medida por los presupuestos militares, continúa actuando como elemento de presión sobre las tasas de interés, es de esperar que en el futuro inmediato nos encontremos con la presencia de elementos aún más onerosos para las finanzas mexicanas. Por ende, los desafíos para el proyecto nacional se verían también multiplicados.

Ventajas y problemas de la proximidad territorial

Otro punto que merece revisarse al hacer referencia a la política pacifista de México, es la relación estratégico-militar que le depara su contigüidad con el vecino del norte. Ventajas y desventajas existen, desde luego.

Dos suposiciones centrales pueden arrojar luz sobre el tema:

El hecho de que el país tenga como vecinos a Estados Unidos y a Guatemala — dice Jorge Alberto Lozoya — da lugar a la primera: que una guerra de tipo convencional con sus vecinos difícilmente podrá presentarse. La segunda parece ser que una guerra convencional en contra de una potencia extranjera es poco factible, puesto que ello sería contrario al interés nacional de Estados Unidos, que se vería forzado a intervenir.¹⁵

15 Jorge Alberto Lozoya, "El Ejército mexicano", en Centro de Estudios Internacionales, *Lecturas de política mexicana*, México, El Colegio de México, 1977, p. 371.

En términos distintos, pero no menos explícitos, puede afirmarse, junto con Mario Ojeda, que México "viaja gratis en el carro de la seguridad nacional de Estados Unidos". Esto, que parecería ser una evidente ventaja en tiempos de paz y aún en el muy remoto caso de una agresión extracontinental hacia México, no lo es, sin embargo, cuando se trata de una eventual guerra nuclear.

Debe mencionarse, al respecto, que en los últimos años los sectores más dinámicos de la economía estadounidense se han venido desplazando desde la zona noreste y norcentro de esa nación ("Cinturón del hielo") hacia las regiones sureñas y suroccidentales de la misma ("Cinturón del sol"), que son precisamente las colindantes con México. Uno de los sectores económicos que liderea la transformación económica estadounidense — aparte del financiero — es el armamentista asentado en el "Cinturón del sol". Debido a ello, dos estados de la Unión, esto es, California y Texas, reciben más de la tercera parte del total de los contratos suscritos por el Pentágono. Asimismo, cerca de la frontera con nuestro país se localizan campos de pruebas de misiles e importantes instalaciones militares, como las de la VII Flota de San Diego y el complejo de Fort Bliss de El Paso, Texas, que funciona como Cuartel General del Centro de Defensa Aérea del Ejército.

Resulta de suma lógica que, en caso de una conflagración atómica entre las dos superpotencias, una gran cantidad de blancos vitales se encontraría en la zona mencionada. México, con ello, sufriría gravísimos daños en su región septentrional, por no hablar de las consecuencias muy directas que posteriormente le acarrearía el invierno nuclear, ya esbozado a grandes líneas en este trabajo.

III. EL CASO DE SUECIA

Neutralidad y política de no alianzas

“Vengo de una nación en Europa que ha podido vivir en paz durante más de 170 años. Nuestra paz puede explicarse por la política de no participar en alianzas...”. Así se expresaba, el 22 de mayo de 1984 en Nueva Delhi, el primer ministro Olof Palme, ajeno por completo al criminal atentado que casi dos años después pondría fin a su fecunda vida.

En rigor, las palabras de Palme resumen la esencia de la política exterior sueca: neutralidad en tiempos de guerra, no participación en alianzas en tiempos de paz.

A diferencia de otras naciones, cuya política de neutralidad está vigilada internacionalmente o se encuentra plasmada en su Constitución, Suecia, en uso de sus facultades soberanas, ha optado deliberadamente por ese camino, aunque no existe obstáculo legal que le impida rectificar el rumbo elegido.

Por ello, ese país no es miembro del Pacto de Varsovia ni de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN); la invocación a su política de neutralidad le ha permitido, además, declinar su ingreso en otras asociaciones, como las comunidades europeas, con las cuales prefiere firmar convenios de libre comercio.

Debe reconocerse también que el contexto de la política exterior de los países nórdicos en los últimos 40 años ha contribuido a mantener en pie la estrategia de neutralidad, piedra angular de la diplomacia sueca.

Pese a que Dinamarca y Noruega pertenecen a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), no permiten maniobras militares ni misiles nucleares en sus territorios en tiempos de paz. Finlandia, aunque firmó un tratado de cooperación y ayuda mutua con la Unión Soviética en 1948, mantiene su neutralidad, al igual que Suecia. Todos estos países signaron el Tratado de No Proliferación Nuclear, por medio del cual se comprometen a no fabricar ni adquirir por sí mismos instrumentos atómicos con fines bélicos. En consecuencia, es posible observar que Escandinavia constituye, *de facto*, una zona desnuclearizada.¹⁶

Este ambiente relativamente libre de tensiones ha permitido la formulación de diversas propuestas para convertir a Escandinavia en zona desnuclearizada *de jure*. Entre otros planes figuran los siguientes:

- 1) *Plan Undén*, presentado por Suecia ante la comunidad internacional en 1961. Invitaba a las naciones a ingresar en una agrupación geográfica sin armas atómicas y expresaba el interés del gobierno sueco por formar parte de "una zona desnuclearizada del norte y centro de Europa, de la mayor extensión posible".¹⁷

- 2) *Plan Kekkonen*, propuesto en 1963 y relanzado en 1978 por el presidente de Finlandia. Proponía la unión de Finlandia y Suecia con Dinamarca y Noruega para formar una zona libre de armas nucleares en Escandinavia, con la intención de "alejar a los países nórdicos de la esfera de la especulación causada por el desarrollo de la estrategia nuclear y asegurar que esta zona se halle al margen de la tensión internacional".¹⁸
- 3) *Combinación del Plan Kekkonen con el Plan Rapacki*, consistente, este último, en la desnuclearización de Alemania Federal, Alemania Democrática, Checoslovaquia y Polonia. De cristalizar esta iniciativa, apunta Alva Myrdal, "podríamos hablar de un 'cinturón' o zona desnuclearizada que se extendería 'desde el Cabo Norte hasta el Mediterráneo'... lo cual significaría un increíble aumento de seguridad para esta parte del mundo".¹⁹

El camino para llevar a cabo cualquiera de las propuestas anteriores es en todo caso aún largo, pero la tarea no debe desanimar a los participantes. Lo que sí puede desprenderse de lo anterior, es que Suecia concede un gran valor a los asuntos de paz y desarme no sólo en el plano nórdico, sino a nivel mundial. De ahí su decidida participación tanto en los escenarios europeos como en los órganos competentes de Naciones Unidas, donde han brillado nombres como Alva Myrdal, Gunnar Myrdal e Inga Thorsson, entre otros, quienes a sus contribuciones en favor de la paz han agregado una perspectiva Norte-Sur de los problemas de seguridad internacional, en la idea de que los desequilibrios económicos son causa esencial en la génesis de los numerosos enfrentamientos bélicos que hoy se suscitan en el mundo.

Gastos en armas y Estado de Bienestar: ¿Hacia una reconversión de lo militar en civil?

El ejército sueco está integrado por menos de 50 mil efectivos, (de los cuales 37 mil son conscriptos) en épocas de paz, pero los planes de defensa civil pueden incorporar a casi un millón de personas adicionales en caso de guerra, lo que hace de Suecia el país más poderoso — en lo defensivo — entre las naciones nórdicas. Asimismo, la industria militar interna es capaz de satisfacer ampliamente las

16 Véase Peri Pamir, "Las zonas desnuclearizadas, un paso para lograr el desarme" en *Comercio Exterior*, Vol. 36, núm. 12, diciembre de 1986, p. 1084, y también O.R. Grimsson, "Nordic Nuclear Free Options", en *The Bulletin of the Atomic Scientists*, junio-julio de 1985, p. 25.

17 Cit. por Alva Myrdal, *El juego del Desarme*, Madrid, Editorial Debate, 1984, p. 365.

18 Véase *Ibidem*, p. 228.

19 *Ibidem*, p. 365.

necesidades propias y exportar productos a otras naciones. Todo esto se explica, a decir de Sverker Aström porque: "La estructura de defensa, ... debe estar organizada y equipada de tal forma que se valga por sí misma, sin la ayuda del extranjero, por cierto periodo de tiempo."²⁰

Es de añadir, en este renglón, que los gastos militares ocupan un 3.1% del PNB y un 8% sobre el total del presupuesto sueco por año, lo que representa menos de la mitad de los recursos destinados al campo de la salud, por citar sólo un ejemplo. En vista de que los montos de los presupuestos militares podrían aprovecharse mejor en la satisfacción integral de las necesidades del pueblo sueco, siendo canalizados a través del Estado de Bienestar, han surgido corrientes que verían con simpatía una reducción sustancial de dichos gastos.

Es así como se explica que en 1983, el ministro de Relaciones Exteriores de Suecia, Lennart Bodström, haya encargado a la experta especial Inga Thorsson un estudio que hiciera referencia a todas estas cuestiones. El resultado fue la presentación, en agosto de 1984, de dos volúmenes titulados *In pursuit of disarmament* ante el canciller.²¹

Según esa obra, más conocida como "Informe Thorsson", cálculos de expertos en economía indican que, si desde 1950 en Suecia se hubiese orientado una cantidad semejante de recursos a programas civiles y militares, la tasa de crecimiento habría sido 0.1% más grande cada año, lo que significa que el producto bruto civil acumulado hasta 1984 habría crecido en 12%. Además, una reducción de la mitad de los gastos militares en esa nación a largo plazo tendría un impacto muy secundario sobre el empleo, disminuyendo únicamente el 1.15% sobre la fuerza laboral activa, esto es, alrededor de 50 mil personas.

Otras consecuencias económicas de una posible conversión de industrias militares a civiles serían, en el lado positivo, la reducción de las erogaciones por concepto de mantenimiento de ejército y conscriptos, el incremento del PNB de 2.42 a 2.44% anual y el aumento del dinamismo en el comercio.²²

Los datos mencionados, desde luego, abstraen el cálculo económico de las realidades políticas.

Por eso, cualquier disminución de los gastos militares suecos, al igual que la nada fácil transformación de industrias bélicas en civiles pasa por el prerrequisito de un alivio de las tensiones en toda Europa, según reconoce Thorsson.

Otra vecindad compleja

A Suecia, al igual que a México, le interesa evitar un intercambio atómico por encontrarse en la adyacencia de un poder nuclear.

Es un hecho de sobra conocido que la península Escandinava constituye un cruce de caminos entre los principales intereses estratégicos, sobre todo si se considera su proximidad inmediata con áreas de gran importancia geopolítica para uno de los dos grandes poderes internacionales. Por ello, es de pensarse que "Suecia debería tener dos aspiraciones: una, evitar estar bajo la influencia de la cercana superpotencia y, la otra, evitar convertirse en la amenaza de avanzada de la otra superpotencia. Una política de neutralidad es la obvia respuesta."²³

Con todo, los condicionamientos geoestratégicos son inevitables, lo cual se refleja en la presencia de submarinos soviéticos cargados con misiles nucleares y concentrados en un importante centro naval en Murmansk, en el Océano Artico. También cabe recordar, como lo hace un informe del Instituto de Política Exterior de Noruega,²⁴ la existencia de múltiples o importantes bases aéreas y navales de la URSS en la península de Kola, vecina de Suecia y el resto de los países nórdicos.

En caso de guerra, puede esperarse que tanto las bases como los submarinos atómicos sean un privilegiado objetivo de combate que tocaría muy de cerca a Suecia.

Cabe, en este sentido, recordar las palabras del premier Carlsson, pronunciadas en agosto de 1986 en Ixtapa: "El accidente nuclear de Chernobyl, en un país vecino, mostró de forma muy concreta y aterradora, lo vulnerables que podemos ser en caso de una catástrofe ambiental, aun cuando tenga lugar en otro país."

Lo mismo podría aplicarse, *mutatis mutandi*, pero con perspectivas aún más sombrías, a una guerra nuclear.

20 Sverker Aström, "La política de neutralidad de Suecia", en *Relaciones Internacionales*, núms. 8-9, 2o. y 3er. trimestres de 1984, p. 149.

21 Inga Thorsson, *In pursuit of disarmament*, Estocolmo, Liber Almänna Förlaget, 1984.

22 *Ibidem*, pp. 295-297 y 331-333.

23 S. Aström, *op. cit.*, p. 147.

24 Cit. por Alfredo Pérez Bravo, "Panorama Nórdico", en *Cuadernos IMRED*, núm. 21, febrero de 1987, pp. 80-85.

IV. CONSIDERACIONES FINALES

De lo anteriormente descrito, pueden extraerse algunas conclusiones. En primer lugar, debe señalarse la disparidad de las formaciones económicas a las que nos hemos venido refiriendo. En efecto, Suecia es una nación industrializada del norte de Europa, dotada de un elevado ingreso per cápita, un sistema eficaz para la distribución del producto, una economía fuerte y diversificada y una considerable masa crítica en todos los ámbitos, lo que le permite disfrutar de niveles de vida considerados entre los más altos del orbe. México, por su parte, es un país latinoamericano en vías de desarrollo, con avances concretos en varios sectores, pero también apremiado por necesidades aún insatisfechas y retos crecientes tanto en el ámbito interno como en el externo.

En segundo término, y muy relacionado con lo anterior, resulta interesante constatar cómo, no obstante la diferencia de estructuras económicas y sociopolíticas, existe una clara convergencia de las políticas internacionales de estas dos naciones en torno al armamentismo convencional y nuclear. La coincidencia, sin embargo, no es gratuita, pues

la contigüidad territorial sueca y mexicana con superpotencias influye de manera determinante en la elaboración y ejecución de ambas políticas exteriores, las cuales registran un relevante historial de labor conjunta en el campo del desarme, tal como lo demuestran entre otras iniciativas, su propuesta ante el Comité de Revisión del Tratado de No Proliferación en el sentido de que los beneficios derivados de la utilización pacífica de la energía nuclear sean compartidos por toda la comunidad internacional; sus intervenciones e iniciativas comunes en el ámbito de las Naciones Unidas, en pro de la erradicación de armas atómicas y convencionales; la recepción conjunta del premio Nobel de la Paz 1982 por Alva Myrdal y Alfonso García Robles y, más recientemente, su actuación dentro del Grupo de los Seis.

Por último, creemos que sería recomendable que México y Suecia continúen la labor pacifista que, junto con otras naciones, han venido realizando para detener y aun revertir las manecillas del simbólico reloj que, de acuerdo con los científicos atómicos, sólo regalará tres minutos de vida más al género humano si éste no domina pronto sus impulsos autodestructivos.